

LECTIO DIVINA

II DOMINGO – Tiempo ordinario (ciclo A)

Evangelio: San Juan 1, 29-34

En aquel tiempo, al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó:

«Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: “Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo”. Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel».

Y Juan dio testimonio diciendo:

«He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre él.

Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo:

“Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ese es el que bautiza con Espíritu Santo”.

Y yo lo he visto y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios».

La solemne apertura del evangelio había presentado a la Palabra eterna del Padre entrando en la historia de los hombres y convirtiéndose en Jesús de Nazaret. Era necesario encontrar un nexo para que Jesús pudiera vincularse concretamente en la historia. Todos los profetas habían hablado de él. El último, dotado de un carisma particular, el «precursor», se llama Juan. En un estupendo primer plano, el Bautista es presentado como el testigo leal. Ese que empeña todo su ser en hablar de Jesús, reconociéndolo como el Mesías y proporcionando las credenciales fundamentales. Su testimonio se expresa con tres frases: Jesús es «el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo»; el Espíritu se ha posado sobre él y permanece de forma estable; Jesús es el elegido de Dios, es decir, el «Hijo de Dios».

La obra principal de Jesús consiste en «quitar el pecado del mundo». Para Juan, el evangelista, existe un único pecado: rechazar la Luz que ha venido al mundo para iluminar a todos los hombres. Rechazar a Cristo es el mayor y único pecado; las demás transgresiones son manifestaciones incompletas. Jesús cumplirá esta colosal obra de reconciliación entre Dios y el ser humano porque él mismo es Dios. El texto lo dice claramente. La escena del bautismo sirve para mostrar la presencia del Espíritu, que desciende sobre Jesús y permanece sobre él.

MEDITATIO

Aunque hay pluralidad de funciones o diversidad de llamadas, el fin debe ser común: la realización de sí mismos y la gloria de Dios. Puesto que la vocación viene de Dios, él, que es unidad y amor, convoca a todos a la plena realización. El siervo de la primera lectura ha sido enviado para llevar la luz a todos los pueblos. Ya no existen barreras, ni muros divisorios, sino un único y gran proyecto: construir la familia humana, ligada por la misma ley que le une con Dios, dador de todo bien.

Pablo, en la segunda lectura, se dirige a la comunidad -y a nosotros hoy-presentándose como apóstol que ha recibido una misión que cumplir. Toma consigo a Sóstenes -idealmente, a todo hermano en la fe- recordando que todos tienen como encargo un servicio apostólico. Desde la pluralidad de papeles, es común el empeño de dar a conocer y amar a Jesucristo. Pablo es el instrumento elegido por Dios para hacer llegar a numerosos pueblos el mensaje del Evangelio.

El evangelio muestra la vocación de Juan, ser el precursor y mensajero que anuncia la presencia de Jesús. El Bautista no se limita a una atestación física («está aquí, es aquél de allí»), sino que expresa que toda verdadera vocación, incluida la nuestra, antes de ser testimonio externo, es descubrimiento interior de la realidad de Cristo. Él es «el Cordero que quita el pecado del mundo». Él carga con nuestras miserias y transforma la iniquidad en santidad. En él, todos podemos esperar un nuevo nacimiento, del agua y del Espíritu, para construir una sociedad donde la fraternidad sea el estatuto y el amor la única regla de convivencia.

En Cristo, con Cristo y por Cristo, tiene hueco y sentido nuestra vocación; conservamos la propia originalidad, que debe desarrollarse completamente;

encontramos el tiempo y el modo apropiado para relacionarnos con Dios. Insertados en Cristo, el bautizado se realiza en la singularidad exclusiva de su ser y en la comunión de una humanidad que, con Cristo, camina al encuentro del Padre para rendirle eterna alabanza.

ORATIO

Para que tuviéramos la luz, te hiciste ciego.

Para que obtuviéramos la unión, experimentaste la separación del Padre.

Para que poseyéramos la sabiduría, te hiciste «ignorancia».

Para que nos revistiéramos de la inocencia, te convertiste en «pecado».

Para que esperáramos, casi te desesperaste.

Para que estuviera Dios en nosotros, lo sentiste lejos de ti.

Para que fuera nuestro el cielo, sentiste el infierno.

Para darnos una apacible morada en la tierra entre cientos de hermanos, fuiste excluido del cielo y de la tierra, de los hombres y de la naturaleza.

Eres Dios, eres mi Dios, nuestro Dios de amor infinito. (*Chiara Lubich, «Perché fosse nostro il cielo», en Città Nuova, 1975/3, p. 35).*

CONTEMPLATIO

Tú eres en verdad el único Señor; tú, cuyo dominio sobre nosotros es nuestra salvación, y nuestro servicio a ti no es otra cosa que ser salvados por ti. Por esto has querido que el Hijo de tu diestra, el hombre que has confirmado para ti, sea llamado Jesús, es decir, Salvador, porque «él salvará a su pueblo de los pecados». Y «ningún otro puede salvar». Él nos ha enseñado a amarlo cuando, antes que nadie, nos ha amado hasta la muerte en la cruz. Por su amor y afecto suscita en nosotros el amor hacia él, que fue el primero en amarnos hasta el extremo.

Así es, desde luego. Tú nos amaste primero para que nosotros te amáramos. No es que tengas necesidad de ser amado por nosotros, pero nos habías hecho para algo que no podíamos ser sin amarte [...].

Tal es la Palabra que tú nos dirigiste, Señor: el Verbo todopoderoso que, en medio del silencio que mantenían todos los seres es decir, el abismo del error-, vino desde el trono real de los cielos a destruir enérgicamente los errores y a hacer prevalecer dulcemente el amor. Y todo lo que hizo, todo lo que dijo sobre la tierra, desde los oprobios, los salivazos y las bofetadas, hasta la cruz y el sepulcro, no fue otra cosa que la Palabra que tú nos dirigías por medio de tu Hijo, provocando y suscitando, con tu amor, nuestro amor hacia ti. Sabías, en efecto, Dios creador de las almas, que las almas de los hombres no pueden ser constreñidas a ese afecto, sino que conviene estimularlas, porque donde hay coacción no hay libertad, y donde no hay libertad no existe justicia tampoco.

Quisiste, pues, que te amáramos los que no podíamos ser salvados por la justicia, sino por el amor, pero no podíamos tampoco amarte sin que este amor procediera de ti. Así pues, Señor, como dice tu apóstol predilecto, y como también aquí hemos dicho, tú nos amaste primero, y te adelantas en el amor a todos los que te aman. Nosotros, en cambio, te amamos con el afecto amoroso que tú has depositado en nuestro interior. Por el contrario, tú, el más bueno y el sumo bien, amas con un amor que es tu bondad misma, el Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo, el cual, desde el comienzo de la creación, se cierne sobre las aguas, es decir, sobre las mentes fluctuantes de los hombres, ofreciéndose a todos, atrayendo hacia sí todas las cosas, inspirando, aspirando, protegiendo de lo dañino, favoreciendo lo beneficioso, uniendo a Dios con nosotros y a nosotros con Dios (*del tratado de Guillermo, abad del monasterio de San Teodorico, Sobre la contemplación de Dios 9-11; ss 61, 90-96*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Está escrito en el libro que cumpla tu voluntad» (Sal 39,8b-9a).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Con cada persona viene al mundo un ser nuevo que no ha existido nunca, alguien original y único. «Cada israelita está obligado a reconocer y considerar que es único en el mundo, que jamás ha existido nunca ningún hombre idéntico a él: si ya hubiera existido un hombre idéntico, no tendría sentido su existencia. Cada persona es diferente y debe realizar su propio ser. Que esto no suceda es lo que retrasa la llegada del Mesías». Todos están llamados a desarrollar y realizar personalmente esta unicidad, y a no volver a repetir más lo ya realizado por otro, por muy grande que fuese esta persona.

La idea ha sido expresada con mayor agudeza por el Rabi Sussja, quien a punto de morir exclamó: «En la vida futura no me preguntarán: "¿Por qué no has sido Moisés?"; me preguntarán: "¿Porque no has sido Sussja?"».

Estamos ante una enseñanza basada en la desigualdad natural de las personas y la imposibilidad, por tanto, de hacerlas iguales. Todos los seres humanos tienen acceso a Dios, pero cada uno tiene una senda diferente. La diversidad humana, la diferenciación de sus cualidades y tendencias, es la grandeza del género humano. La universalidad de Dios consiste en la multiplicidad infinita de caminos que conducen hasta él, y cada uno de ellos está reservado a una persona [...]. Así, el camino a través del cual cada uno tiene acceso a Dios le viene indicado únicamente por la conciencia de su propio ser, por el conocimiento de la singularidad de su existencia. «En cada persona hay algo único que no existe en ninguna otra» (*M. Buber, El cammino del huomo, Magnano 1990, 27-29*).